

en suma, cerca de cuatro millones y medio de habitantes. Lo único á que se opuso Napoleón III fué á la anexión de la Sajonia real, que deseaba preservar, como Austria, de la desmembración.

Complacencia tan inverosímil movió a Bismarck á entablar inmediatamente coloquios de paz con Mensdorff. Estas negociaciones, que se abrieron en Nikolsburgo el veintidós de Julio, estuvieron á punto de fracasar, por exigir Bismarck que el rey de Sajonia ingresase en la Confederación del Norte. De nuevo se puso en Viena sobre el tapete el proyecto de reanudar las hostilidades, el cual habría sido aceptado, sin duda, á tenerse seguridad del apoyo enérgico de Francia. Moltke afirmó siempre que Prusia, cuyo ejército contaba á la sazón seiscientos mil hombres, estaba dispuesta á todas las eventualidades. No se las contaba tan felices Bismarck: el archiduque Alberto defendía el Danubio con doscientos cincuenta mil hombres; en Alemania del Sur había, entre bávaros, wurtembergueses y badenses, cien mil hombres, que, con el complemento de un cuerpo de ejército francés, hubiesen sido formidables; el cólera, en fin, diezaba el ejército prusiano. Tampoco se estaba seguro de que Rusia hubiese seguido presenciando indiferente la guerra, ó que, á lo menos, no hubiese vendido muy cara su neutralidad. Por todo esto, Bismarck acertó en no extremar las cosas y recabar del rey concesiones que, sin menoscabar un ápice su triunfo, facilitaron la resignación de Austria, firmándose los preliminares el veintiséis de Julio en Nikolsburgo. No hay necesidad de analizar estos preliminares, que reproducen literalmente el programa francés de catorce de Julio, sin otra adición que la cláusula de que Austria reconocería las modificaciones territoriales que Prusia llevase á cabo en el norte de Alemania.

Italia quedóse estupefacta al enterarse de los preliminares de Nikolsburgo. No se la había consultado para tratar con Austria; por segunda vez se la abandonaba. Gritó, protestó: todo fué en vano. Bismarck le respondió tranquilamente que se le había prometido ayudarla á conquistar Venecia, nada más, y que la posesión de este país la tenía asegurada. Así lo declaraba en estos mismos instantes Napoleón III, y enviaba á uno de sus ayudantes de campo, el general Lebœuf, á Venecia, para hacer entrega, previo plebiscito, de esta ciudad y de su territorio á los italianos. En vista de esto, no pudo por menos Víctor Manuel de poner fin á la guerra, que si no le había reportado gloria, le valía una hermosa provincia, firmando el diez de Agosto los preliminares de Nikolsburgo. El pueblo italiano no disimuló su disgusto, y se manifestó enojado sobre todo contra Francia, dándose el raro espectáculo de recibir un pueblo casi como una ofensa, de una potencia amiga, el dón de un territorio que no había sabido conquistar.

Quedaba sin resolver la cuestión de las compensaciones. Convaleciente de su enfermedad, Napoleón III envió á su embajador en Berlín, Benedetti, el encargo de pedir la anexión de la Baviera rhenana y del Hesse rhenano á Francia, seguro de que el rey Gui-

lermo no opondría dificultad á dejar desmembrar los dos Estados que acababan de hacer causa común con Austria. Poco tiempo le duró la ilusión. Bismarck declaró el siete de Agosto á Benedetti, que su señor era demasiado buen alemán para ceder á Francia una sola pulgada de territorio germánico; y como el embajador insistiese: «Está bien, le replicó friamente el bravo ministro; en ese caso, la guerra». Pero le añadió que podrían entenderse si Francia cambiaba de objetivo, pidiendo la anexión de territorios no alemanes. No fué esto todo. Benedetti cometió la imprudencia de dejar su escrito en manos de Bismarck, el cual, provisto de tan precioso documento, envió á San Petersburgo un agente especial, el general Mauteuffel, para ablandar al Czar, que veía con malos ojos las expoliaciones merced á las cuales Prusia se iba redondeando. Mauteuffel explicó á Alejandro II cómo el Estado alemán por el que más se interesaba, Hesse-Darmstard, respetado por el rey Guillermo, era amenazado por Napoleón III, y luego le dió á entender que la corte de Berlín le dejaría en libertad de romper el tratado de París y recobrar en Oriente el terreno que había perdido en mil ochocientos cincuenta y seis, y hasta que le ayudaría al efecto, caso de necesidad. Ante estos argumentos, se rindió á discreción el emperador de Rusia, cerrando los ojos acerca de las anexiones prusianas y asegurando á la corte de Berlín que contaba con su concurso para prevenir las anexiones francesas.

Bismarck no se daba punto de reposo. Al tiempo que enviaba á Mauteuffel á Rusia, comunicaba las proposiciones que Benedetti acababa de hacerle á los Estados secundarios de Alemania, varios de los cuales, como Baviera, Wurtemberg y Sajonia, amenazados por Prusia con exigencias leoninas, habían invocado la protección de Francia y ésta había prometido sostener sus intereses. El primer ministro de Guillermo les aseguró que Napoleón III los engañaba, que se preparaba á desmembrar varios de ellos, sin miramientos, y que solamente Prusia podía y quería protegerlos lealmente, sin otra condición que la de adherirse á su política mediante tratados de alianza ofensiva y defensiva; añadiéndoles que, caso de adherirse, reduciría á muy poca cosa las condiciones de paz que juzgaban tan exorbitantes. Todos se dejaron convencer y, de Agosto á Octubre de mil ochocientos sesenta y seis, uno tras otro firmaron los tratados de alianza, transformándose en simples satélites de Prusia, que les cumplió la palabra de no exigirles sacrificios penosos en dinero ó en territorios. Les recomendó que guardasen secretas las convenciones, por no haberse firmado aún la paz de Praga y constar en los preliminares de Nikolsburgo, que los Estados alemanes situados al Sur del Mein no dependerían de la Confederación del Norte ni de Prusia.

Á todo esto, seguía en pie para Francia lo de las compensaciones. El diez de Agosto, llegó á París Benedetti, para encarecer á Napoleón III la proposición caperosa que le hiciera Bismarck, ofreciéndole Bélgica y Luxemburgo. El Emperador, que después de tantos contratiempos sentía más que nunca la necesidad de anexionarse algo para rehacer

en Francia su popularidad, se agarró como á un clavo ardiendo al programa de su embajador, contra el consejo de Drouyn de Lhuys, que presentó la dimisión. Benedetti regresó en seguida á Berlín, donde, el diez y seis de Agosto, recibió orden de proponer á Bismarck dos tratados: por el primero, Prusia permitiría á Francia adquirir en breve plazo el Luxemburgo; por el segundo, cuya ejecución se dejaba para más tarde, se concluiría una alianza entre las dos potencias, con el doble fin de apropiarse la una Bélgica y extender la otra su hegemonía allende el Mein. El jefe del ministerio prusiano, no habiéndose firmado aún la paz con Austria, se limitó á proponer ligeras modificaciones al proyecto francés; rogó á Benedetti ponerlo en limpio, y se dió maña para que el embajador francés le enviase el texto, escrito de su puño y letra. El inocente Benedetti remitió el borrador á Napoleón III, que lo acotó y lo transmitió á Rouher, pidiéndole su parecer. Mientras los franceses perdían así el tiempo en *expurgar sílabas*, Bismarck concluía el tratado de Praga, y cuando el representante de Napoleón III volvió á presentarle la doble convención que había preparado, el artificioso diplomático le contestó, con gran frialdad, que no podía tratar con el gabinete de las Tullerías mientras éste no diese testimonio en declaración pública de su afecto y amistad á Prusia. No bastaba que el Emperador de los franceses hubiese sido manteado, ahofeteado á la faz de Europa; era menester que se declarase solemnemente satisfecho y que se cerrase la puerta á cualquier género de reclamación ulterior contra los hechos consumados. Con ser tan grande, por semejante humillación cometió Napoleón la tontería de pasar. La Valette, encargado interinamente del ministerio de Negocios Extranjeros, lanzó á Europa asombrada la famosa circular de diez y seis de Septiembre, declarando que los últimos acontecimientos eran para Europa, y para Francia especialmente, prenda de honor y de seguridad. ¡Cuán contrarios á esta manifestación eran los sentimientos de los pueblos y de sus gobiernos! Francia entera sentía instintivamente que, después de Austria, fuera ya de combate, iba á ser objetivo principal del odio y de la ambición prusianas. El propio Napoleón no se forjaba ilusiones, y sin renunciar á seguir negociando con el gabinete de Berlín, empezaba á pensar que solamente una guerra feliz contra Prusia podría devolverle su popularidad perdida y su prestigio desvanecido. El rey Guillermo, por su parte, no perdonaba al Emperador de los franceses el haber detenido á las puertas de Viena sus tropas victoriosas. El sentimiento nacional alemán, tan propenso á alarmarse, se sublevaba contra las ambiciones del gabinete francés, y Bismarck volvía hábilmente contra Francia la cólera que había encendido la codicia prusiana.

El veintitrés de Agosto se firmó en Praga la paz definitiva, sobre la base de los preliminares de Nikolsburgo. Una campaña de tres semanas había bastado para modificar radicalmente la situación del centro de Europa. A unos trescientos millones de francos se ha calculado que ascendieron las indemnizaciones pecuniarias impuestas á los vencidos,

«lo que prueba, decía el coronel Borbstädt, que un buen ejército no es siempre improductivo, por más que pretendan otra cosa los profesores de Economía política». Ganancia más duradera para Prusia fueron los nuevos tratados, que aumentaron su territorio en mil trescientas millas cuadradas y su población en cuatro millones trescientos mil habitantes. Baviera le cedió dos pequeños territorios cerca de Orb, en el Spessart, y el distrito de Kaulsdorf; Hesse-Darmstadt le abandonó el Hesse-Homburgo, varias partes del Hesse Superior y el derecho exclusivo de tener guarnición en Maguncia; la ley de veinte de Septiembre de mil ochocientos sesenta y seis sancionó la incorporación del reino de Hannover, del electorado de Hesse-Kassel, del gran ducado de Nassau y de la ciudad de Francfort; el veinticuatro de Diciembre, en fin, después de haber accedido el duque de Oldemburgo á renunciar sus derechos mediante indemnización, la Dieta votó la anexión de los ducados daneses. Entonces Prusia contó unos veinticuatro millones de habitantes.

Para constituir la unidad alemana, imponíase al gobierno prusiano una triple tarea: fundir en la monarquía sus nuevos súbditos, fundar sólidamente su autoridad sobre los Estados del Norte que no habían sido conquistados, preparar los Estados del Sur, cuya independencia garantían los tratados, á aceptar su soberanía. Bismarck dió prueba en esta labor de habilidad maravillosa, que, si eclipsada un poco por el brillo de sus triunfos diplomáticos, quedará como uno de sus más grandes y más incontestables títulos de gloria.

Hemos visto arriba con qué unanimidad los prusianos aplaudieron, durante cuatro años, la energía de los diputados que luchaban contra las pertinaces invasiones del militarismo gubernamental. No bien entablada la guerra y divulgada la noticia de la serie de felices combates que señalaron la entrada de los prusianos en Bohemia, cambió en redondo la opinión pública. En las elecciones que se efectuaron para la renovación de la Cámara el tres de Julio, el mismo día de la victoria de Sadowa, salieron elegidos pocos progresistas y muchos liberales. Cuando, el cuatro de Agosto, el Rey entró en Berlín, con Bismarck, las entusiastas aclamaciones con que fué saludado al paso le demostraron claramente que había acertado en no tomar en cuenta las protestas anteriores de sus súbditos. El mismo conde de Bismarck, tan impopular la víspera, era ruidosamente aclamado: tal era de completa la transformación. Cabalgaba delante del Rey con su uniforme de oficial pomeraniano, y con tono de buen humor, gritaba á la muchedumbre: «Hémos aquí de vuelta, más pronto de lo que pensábamos»; y el pueblo aplaudía al ministro y comenzaba á decir: «¡Nuestro Bismarck!» Aquel funesto gobernante que, seis semanas antes, todo buen prusiano maldecía como el mal genio de Alemania, se había trocado, como por arte de magia, en su providencia. Algunos de los antiguos progresistas intentaron, por pudor unos y otros por convicción, resistir al prestigio de la fuerza triunfante; pero la mayoría estimó preferible «no obstinarse, sino atemperarse á las circunstancias». Mas que preferible, era necesario: imposible resistir á la fuerza de los hechos consumados y á

la corriente arrolladora de la opinión. El público, satisfecho de ser gobernado por un gran rey, como Guillermo I; dirigido por un gran político, como Bismarck; protegido por un gran estratega, como Moltke; defendido por un gran ejército, como el que acababa de vencer en menos de un mes á Alemania y Austria, no comprendía que la Cámara de los diputados pudiese vacilar acerca del papel de docilidad y obediencia que le convenía adoptar ante aquellas grandezas por tanto tiempo desconocidas. El veinticuatro de Octubre, algunos de los oradores más aplaudidos y de los jefes más respetados del antiguo partido progresista, Twesten, Forckenbeck, Lasker, von Upruh y otros, acordaron apoyar al gobierno en la política exterior y mantener en las cuestiones interiores una oposición celosa, pero leal, formando el grupo *nacional-liberal*, al que se unió el antiguo centro izquierdo y los liberales provenientes de las provincias anexionadas, que no habían conocido las antiguas querellas, sobre todo, dos hannoverianos, Bennigsen y Miquel, que desempeñaron desde entonces en las dietas prusianas papel muy importante. Por evolución análoga, los conservadores liberales, reclutados en su mayor parte entre los grandes propietarios de Silesia, se separaron de los intransigentes del partido de la Cruz. He aquí valiosos elementos para una mayoría de gobierno, que las recientes experiencias harían fácilmente manejable. Los liberales, atentos más que á sus principios políticos á sus doctrinas nacionales y económicas, y salidos en general de las clases burguesas, acusaban á la monarquía de confundir su causa con la de la nobleza. Bismarck les daba la razón, volviendo la espalda á la aristocracia, que con tanto calor le había sostenido. Gran centro ya de actividad comercial é industrial, bastábale á Alemania para llegar á ser temible rival de las naciones que habían monopolizado el mercado del mundo, favorecer sus fuerzas de expansión echando abajo las mil barreras que por tanto tiempo habían entorpecido sus progresos. Habría sido muy peligroso empujar hacia la oposición á estas clases medias cuya influencia crecía con la riqueza, y se corría el riesgo de enagenarse por largo plazo las provincias conquistadas si se las sometía á la dominación de los aristócratas del Este. No por esto abandonó Bismarck un solo átomo de su autoridad; pero la ejerció con espíritu liberal. Disputó siempre al parlamento el derecho de ejercer influencia preponderante en los negocios públicos, y se opuso á que se derogara el famoso artículo ciento nueve, en cuya virtud los impuestos, una vez consentidos, seguían cobrándose indefinidamente: quejábanse los liberales de la insolencia de la oficialidad, del favor que el ministro de Instrucción Pública dispensaba á la ortodoxia piadosa y de la exclusión á que se les condenaba: el hábil ministro, resistiendo en lo político y cediendo en lo económico, supo evitar la ruptura y mantuvo las formas del gobierno constitucional, que le sirvieron de mucho para vencer las resistencias de los países anexionados.

Los habitantes de los ducados daneses, donde el duque de Augustemburgo tenía numerosos partidarios, expresaron su disgusto enviando progresistas al parlamento: ope-

sición que llegó al extremo de la intransigencia en los distritos del Sleswig septentrional, habitados por daneses, y que Prusia retuvo á pesar del artículo quinto del tratado de Praga. El rey de Hannover, Jorge V, alimentaba, desde su retiro de Hietzing, las esperanzas de sus partidarios, muy numerosos en los campos, donde predominaba la influencia del clero y de la nobleza; mantenía la alarma con su legión de güelfos, que recorría las aldeas y de vez en cuando asaltaba las ciudades, y alentaba á la guerra contra Alemania en su periódico *La Situación*. Lo propio hacía el Elector de Cassel. Bismarck confiscó las rentas que había ofrecido, á cambio de su renuncia, á los soberanos desposeídos, y la Cámara puso estos fondos güelfos á disposición del ministro, «para perseguir hasta en sus guaridas á los reptiles que acechan malévolamente al nuevo Estado alemán». Aquellos fondos se emplearon en ganar á la opinión pública, creando ó comprando periódicos. Mas no fueron la corrupción y el rigor los que disiparon poco á poco los odios, sino las consideraciones y el respeto á las tradiciones provinciales. Al lamentarse Bismarck de que solamente parte de las poblaciones reconocían la necesidad de la anexión, expresó la esperanza de que en breve todas tomarían puesto en la nueva y más extensa comunidad. No se equivocó. Las protestas de los siete diputados güelfos de la Dieta sólo hallaron eco en los diputados daneses y en los trece polacos de Posen.

Libre de cuidados interiores, Prusia pudo dedicarse á organizar la Confederación del Norte, la *Unión restringida*. El cuatro de Agosto de mil ochocientos sesenta y seis, invitó á los Estados de la Alemania septentrional á concluir con ella una alianza de un año, durante la que se fijarían las bases de la Confederación anunciada en la paz de Praga, y unos de buen grado, otros á la fuerza, del diez y ocho de Agosto al veintiuno de Octubre, firmaron la alianza los veintiún Estados que el tratado de Praga colocaba bajo su hegemonía. Bismarck tuvo buen cuidado de suavizar las formas, de no lastimar el amor propio, exigiendo de los príncipes, al decir suyo, «solamente las concesiones absolutamente necesarias para que el conjunto pudiese subsistir». Quería, ó aparentaba cuando menos, fundar «la nueva asociación en la confianza, no en la violencia». «Pongamos á Alemania sobre la silla, ella galopará», respondía á los unitarios que se escandalizaban de sus escrúpulos. «Tenía bastante confianza en el genio de su pueblo, añadía, para creer que por este rumbo hallaría el camino que había de conducirle al fin».

El quince de Diciembre de mil ochocientos sesenta y seis, los plenipotenciarios de los Estados que habían de formar la Confederación se reunieron en Berlín, bajo la presidencia de Bismarck, que abrió las deliberaciones exponiendo su objeto. «La antigua Confederación, dijo, adolecía de dos defectos: no daba á sus individuos la seguridad que les prometía, é impedía el desarrollo de la prosperidad nacional manteniendo las antiguas fronteras interiores. Que este proyecto imponga para la utilidad común restricciones á la autonomía de los diferentes Estados, es una necesidad ineludible. La indepen-